

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Montaña-Mestizo, V. (2017). La regionalización de los sentimientos: arqueología del clima en su vínculo con la representación del genio de la gente. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 19 (2), 139-169. DOI: 10.17151/rasv.2017.19.2.8

VIRAJES

**LA REGIONALIZACIÓN DE LOS
SENTIMIENTOS: ARQUEOLOGÍA DEL CLIMA
EN SU VÍNCULO CON LA REPRESENTACIÓN
DEL GENIO DE LA GENTE**

VLADIMIR MONTAÑA-MESTIZO*

Recibido: 1 de marzo 2017

Aprobado: 15 de agosto 2017

Artículo de Reflexión

*  ORCID:



| VIRAJES | antropol.sociol. Vol. 19 No. 2, julio - diciembre 2017, págs. 139-169 |

ISSN 0123-4471 (Impreso) ISSN 2462-9782 (En línea) DOI: 10.17151/rasv.2017.19.2.8

Resumen

En el marco de una historia de las representaciones, el presente texto aborda los sentimientos como aspecto significativo del proceso de conformación nacional en el “largo siglo XIX” colombiano. El artículo se pretende como un panorama amplio y una problematización del vínculo entre factores como la alteridad, el clima, la raza y las pasiones. Su propósito es mostrar la resignificación de viejas formas de discriminación que, aunque fundadas en paradigmas científicos aparentemente caducos, hoy conservan alguna capacidad para generar representaciones de alteridad y hegemonía. Partiendo de una configuración imaginaria de las tierras frías como referente de un “paisaje civilizado”, el texto mostrará cómo las pasiones (la alegría y la rabia, fundamentalmente) constituyeron el vértice de una nueva geografía humana basada en los nuevos principios de conmensurabilidad del clima.

Palabras clave: historia de las representaciones, antropología de los sentimientos, alteridades, raza, determinismo ambiental.

REGIONALIZATION OF FEELINGS: ARCHEOLOGY OF THE CLIMATE IN ITS LINK WITH THE REPRESENTATION OF HUMOR IN PEOPLE

Abstract

Within the framework of a history of representations, this text addresses feelings as a significant aspect of the national conformation process during the “long nineteenth century” in Colombia. The article is intended as abroad panorama and a problematization of the link between factors such as otherness, climate, race and passions. Its purpose is to show the resignification of old forms of discrimination that, although based on apparently outdated scientific paradigms, today preserve some capacity to generate representations of otherness and hegemony. Starting from an imaginary configuration of the cold lands as a reference of a “civilized landscape”, the text will show how the passions (joy and anger, fundamentally) constituted the apex of a new human geography based on the new principles of climate commensurability.

Key words: history of representations, anthropology of feelings, alterity, race, environmental determinism.

[La peruana] es una sociedad que tiene elementos psicológicos de derrotismo un poco mayores que los que puedan tener los brasileños, que tienen más sol, más componente negro y alegría que nosotros los andinos. Somos un país andino, esencialmente triste, no somos un país alegre como Brasil o como los colombianos que son hiperactivos, tienen esa mezcla de español del norte, vascongado y catalán y mayor componente negro, y un poco de antropófago primitivo, hiperactivos y tienen más sol, tienen Caribe. Allá tienen [a los narcotraficantes] Leadher, [y el] Mexicano. Nosotros acá tenemos indígenas que cosechan hoja de coca todavía, o sea el hiperactivismo está allá: tienen un campeón mundial de vehículo, tienen torero de primera categoría, todo eso es hiperactivismo racial-físico-genético. Ciertamente, nosotros somos tristes y aquí todo está mal siempre. (Alan García, 2009)

Introducción

En febrero de 2010 la canciller alemana Angela Merkel justificaba la necesidad de imponer el más severo ajuste fiscal al agonizante gobierno de Georgios Papandreou por cuenta de un despilfarro económico que se atribuía a factores culturales que, entre voces, relacionaban el clima griego con una supuesta pereza generalizada (Streeck, 2015). Esta lectura, considerada por un sector importante de la opinión pública europea como una representación social de corte racista, expresa la persistencia de un etnocentrismo cuyo origen se encuentra en la geografía en el siglo XIX. Representaciones tales como ‘la pereza’, la ‘incapacidad física’ o la ‘proclividad criminal’ de gentes provenientes de unos determinados ambientes eco-geográficos constituye el germen de viejas formas de discriminación que no parecen haber desaparecido en el tiempo. Colombia y América Latina no son ajenas a este fenómeno, lo que resulta evidente —por ejemplo— en las manifestaciones ‘anticolombianas’ que tuvieron lugar en la ciudad chilena de Antofagasta en 2013 (Semana, 2014), o en las medidas segregacionistas contra los emigrados latinos que ha prometido el gobierno de Donald Trump en los Estados Unidos. Las denigrantes palabras del vicepresidente colombiano en enero de 2017 en contra de los ‘venecos’ (González, 2017), es decir la población inmigrante originaria de Venezuela —que viene en aumento—, demuestran por demás la persistencia de regímenes de representación que se creían superados históricamente. Ya en este punto resulta comprensible que un presidente latinoamericano en el año 2009 utilizara casi las mismas palabras que hace un siglo (por citar solo un caso entre muchos) escribiera Josefa Acevedo

de Gómez (1866), cuando referenciando los atributos fundamentales de la población colombiana, señalaba como eje fundamental “la tristeza de los indios” y la “alegría de los negros”.

En función de comprender el régimen de representación anteriormente esbozado, el texto que se presenta a continuación tiene como objetivo teórico mostrar la importancia de un acontecimiento concreto, para este caso el desarrollo de la mensurabilidad de la temperatura, en la configuración de nuevas representaciones sociales. Con Morin (1972) se buscará demostrar que el acontecimiento, entendido en su complejidad histórica y no en su carácter azaroso, debe volver a considerarse como un fundamento de sustancial importancia en la investigación social. Como objetivo histórico, se analizará la relación de la configuración de las representaciones sociales en función de su vínculo con el naciente espacio geográfico. Es allí, donde propondremos que la mensurabilidad del clima constituyó un fenómeno (de corta, mediana y larga duración) de gran relevancia para la construcción del espacio multicultural de la emergente nación.

Para cumplir estos dos propósitos, se analizará la literatura de viajes de los siglos XVIII y XIX, cuyos escenarios narrativos son aquellos espacios-tiempo de colonización -zonas limítrofes- que nos interesan en tanto lugares de construcción de las alteridades contemporáneas (Cooper and Stoler, 1997). Siendo quienes efectuaron ese “redescubrimiento de América” (Bertrand et Vidal, 2002), en el análisis de las zonas de frontera, los viajeros justifican su elección como fuentes primordiales al evidenciar no solo la polisemia narrativa en torno a la alteridad social, sino los lugares comunes de una época que viera nacer a la geografía humana como heredera de la historia natural. Los relatos de viaje son, de hecho, mucho más que el referente de unos “ojos imperiales” y de un mundo deshumanizado (Pratt, 1992). Así, desde las heteroglosias (Bakhtin, 1981) de los foráneos de otrora o (como se diría desde una postura menos poética) desde su polifasia cognitiva (Moscovici, 1979), los relatos evidencian las encrucijadas de unos espacios-tiempo caracterizados por la pugna de nuevas formas y viejas luchas de representación; de allí se tiene que dichos relatos expliquen de manera diversa factores tales como la moral, la corporalidad, la anatomía y los sentimientos. Por estas razones, si bien nos referiremos al escenario de la vieja Colombia, nos permitimos cierta flexibilidad en la elección de la escala espacial y temporal, instalando la reflexión en algún lugar cercano a las historias conectadas (Bertrand 2015).

Teóricamente el texto se ubica en la nueva historia cultural (Chartier, 1989; Hunt, 1989). El objeto de estudio concreto son los frentes de expansión colonial del siglo XVIII y XIX, las fronteras, y que resultan a la sazón los escenarios naturales de un encuentro intercultural menos matizados al que

podiera darse en contextos socio-culturales más definidos (las ciudades y/o ruralidades, por ejemplo). Siendo pues nuestro objeto de análisis aquellos espacios-tiempo donde las certezas de las representaciones resultan fundamentalmente nebulosas (lo colectivo, el lenguaje, las prácticas), lecturas del espacio social fundadas en una concepción funcional y cotidiana del espacio social (Bourdieu, 1984; 1998) no resultan muy aplicables. Las fronteras políticas y agrícolas a las que nos referiremos, en efecto, parecieran contrariamente caracterizarse por la construcción metafísica de unos “nosotros” y unos “otros” (Todorov, 1989). Abordando el tema desde la psicología social, podría decirse que analizaremos la etapa previa a la configuración del sentido común de la alteridad (Jodelet, 1984), justo en aquella etapa de ‘objetivación’ que luego sería anclada a partir de prácticas y hechos comunicativos (Moscovici, 1979). Desde esta perspectiva, la unidad analítica del texto previsiblemente no será un grupo social determinado sino la acción de un condicionante externo (la mensurabilidad del clima) en la construcción de nuevas formas de significar al otro. Este campo de análisis, más interesado por las indefiniciones que por las certezas (culturales, cognitivas, políticas) y caracterizado quizás más por un “sin sentido común”, es justamente el área de interés de la nueva historia cultural o como también la denomina Burke (2000): de la historia antropológica.

Las anteriores ideas se desarrollarán de la siguiente manera: se comenzará analizando el vínculo entre el clima y las representaciones sociales desde una perspectiva de larga duración, desde los albores de la invasión española hasta la Ilustración*. Seguidamente se mostrará el impacto que tuvieron aquellos debates que, en medio del vínculo entre representación, clima y medio ambiente, generaron una visión de los americanos como seres inferiores y/o inmaduros (Gerbi, 1960). Este análisis se llevará a cabo a partir de tres dimensiones analíticas: la transformación del paisaje; la deshumanización del habitante de las tierras cálidas, lo que llevará a un efecto que llamaremos geografía de la rabia y la hegemonía de las tierras frías (en el caso colombiano) sobre la cual se configuraría una expansión colonizadora dirigida desde arriba hacia las tierras de vertiente. Finalmente se analizará cómo tales debates generaron unas lecturas de alteridad de la cultura campesina fundadas en una “regionalización” de los sentimientos, en donde el clima y los contrastes generados por el mundo andino entrarán a formar parte del folclore y de la comunidad imaginaria nacional (Anderson, 1991).

El lugar del clima en la representación social: antecedentes

Con anterioridad a la razón naturalista, las culturas eurocristianas consideraban que el efecto del clima sobre la arquitectura social estaba generalmente asociado a la cuestión de la esclavitud. Se suponía que los pueblos de tierras cálidas eran proclives a ser sometidos a la esclavitud en virtud de una tácita inferioridad para construir instituciones o por causa de una sencilla incapacidad física y biológica (Gerbi, 1960). Si bien es cierto que durante la época de la primera invasión el clima no constituyó el determinante general de la representación de la alteridad social, si generó ciertas reflexiones a propósito del clima europeo como ambiente natural para el desarrollo de una cultura superior. Antonio de Herrera y Tordesillas (1730), Cronista Mayor de Indias, señalaba hacia 1601 que a pesar de la falsedad de las apreciaciones de los antiguos (Aristóteles, notablemente) —a propósito de la inhabitabilidad de las zonas tórridas— la superioridad del hemisferio norte era total, no solo en cuanto al efecto del clima en las cosechas y el genio de los habitantes europeos sino en aspectos tales como el mismo ornamento de sus estrellas.

En aquellos primeros años no existió, sin embargo, un consenso a propósito de la superioridad del clima de los europeos. Bernardino de Sahagún (1981), el célebre etnógrafo de la lengua náhuatl, mostraba en 1547 cómo el clima influía negativamente tanto en indios como en españoles; siendo ello (o en su defecto las constelaciones) la causa de una corrupción general que otrora no experimentaban los indios en virtud de los remedios de sus sabios antepasados. Bartolomé de las Casas, invocando a Aristóteles, diría por su parte que las grandes civilizaciones (Grecia, Mesopotamia, Egipto) se desarrollaron sobre tierras cálidas, hecho que contrastaba con la situación de los europeos (Brading, 1991).

El desarrollo de la historia natural, y con ella la popularización de historias de viajes, llevaría a que los aspectos fisiológicos, anatómicos y morales de los seres humanos comenzaran a ser cuestionados en tanto atributos inherentes al principio aristotélico de generación espontánea; y que, además, comenzaran a intentar ser explicados en función de una historia natural. Ciertos descubrimientos en los siglos XVI y XVII prepararían el terreno para otro tipo de análisis del mundo natural/social, siendo así que el mundo se observaría fundamentalmente a través de la clasificación y la contabilización (Foucault, 1966). Particularmente —y en el caso que nos compete— los desarrollos teóricos de la termometría después del siglo XVI y el diseño de los primeros termómetros de aire, logrados por demás gracias

a esa heterodoxa conexión entre química y temperatura que tuvo lugar luego de Robert Boyle (Moscovici, 1968), generaron un interés creciente por un fenómeno que antes resultaba inconmensurable: la medición del calor (Taton, 1995). El desarrollo de la química (fundamentada en el dominio del calor) llevaría a que aspectos tan conexos como la combustión, lograsen explicar asuntos relativos a la respiración de los seres vivos (Moscovici, 1968). Este progreso estaría dado por el reconocimiento del principio de dilatación de los líquidos y su influencia en el desarrollo de la naciente termometría. El surgimiento de nombres como Black, Laplace y Lavoisier, por mencionar algunos, harían del calor una entidad conmensurable que entroncaría con los desarrollos de la anatomía animal y la medicina en cuanto a los principios de la respiración y la circulación de la sangre. Todo ello condujo a diversos análisis en los que se observó que el mundo animal se podría clasificar según la temperatura de su sangre, lo cual redundaría en una nueva visión del fenómeno de la respiración y su vínculo con el clima (Mason 2000; Canguilhem, 1995).

El vínculo entre el clima y el aire —debate inicialmente planteado en el ámbito de la fisiología y anatomía vegetal y animal— se trasladaría a la representación social. Pierre Bouguer (1749), matemático y astrónomo de la Misión Geodésica Francesa que tenía como propósito determinar exactamente el lugar del Ecuador (la mitad del mundo), habría manifestado una relación intrínseca entre el color de la piel y la verticalidad andina en razón del efecto del aire sobre la piel en ausencia de la ropa. La relación del clima y su efecto sobre el aire era influyente en los análisis dirigidos a la representación social. En opinión de La Condamine (1745) la tez rojiza de los indios, más o menos clara, tenía por causa principal “la diferente temperatura del aire de los países que habitan” (p. 48). Bouguer (1749) sostenía que, incluso la gente de la cordillera tendría un color muy parecido al suyo, “son casi tan blancos como nosotros” (p. c) opinión también compartida por el jesuita Gilij (1755), cuando argumentaba hacia 1782 que los habitantes de “Santafé y Tunja y otras regiones frías semejantes, tienen tan buen color que pueden pasar por europeos. Lo mismo digo de su robustez, de su vivacidad y de lo que se admira exteriormente en las personas de buena constitución” (p. 116). Jean-Baptiste Leblond (1813), médico y naturalista que estuvo largos años en las Antillas estudiando los efectos del clima en la adaptación humana, en un reporte dirigido expresamente a un comité presidido por el propio Cuvier, sostenía que la influencia del clima generaba claros efectos en el fenotipo; señalaba que los indios de tierra fría, al igual que los lapones, tendrían aspectos tan característicos como la coloración rojiza de los párpados (p. 450).

La cuestión de la raza sería inevitablemente convocada. Uno de los principales tópicos era la capacidad de adaptación a los ecosistemas hostiles, justo donde los factores aire/temperatura eran más desfavorables para ciertos individuos. En este punto, la superioridad de “la raza blanca” era un atributo contradictorio a la luz de sus propios adalides. Leblond (1813, p. 454) sugería problemas de adaptación de los blancos a los entornos malsanos; mientras que consideraba a los negros los reyes de territorios pútridos en los que se establecía una suerte armonía entre aquella “raza”, el olor nauseabundo y las “miasmas” (ancestros de los microbios) gracias a la constitución de una piel especialmente formada para exhalar la putrefacción y con ello conservar la salud (1813, p. 453). Según Leblond (p. 454) habría unas enfermedades típicas de los negros y otras de los blancos, que atacarían con mayor rigor a los unos que a los otros. Por tal motivo, en adelante, eran inevitables las conexiones entre el hombre blanco y el aire puro o el hombre blanco y la primavera; mientras que a los negros se les asociaba el calor. Desde este punto de vista las enfermedades eran tenidas como la reacción orgánica frente a estímulos externos del entorno. Gilij (1955) relataría de hecho cómo él mismo experimentó dichos efectos en sus peregrinaciones durante la segunda mitad del siglo XVIII, al haber sufrido la “enfermedad de los extranjeros” (p. 112) y que no era otra cosa que el impacto del organismo con un medio ambiente hostil.

Como es usual en los sistemas de pensamiento científico, la proposición de normas generales tiene su antítesis en la relativización y particularización. Esta tensión se presentó en los debates a propósito del influjo del clima sobre la fisiología (aun sobre la “moral”) de los seres vivos. Para el caso que nos compete es preciso traer nuevamente el testimonio de Gilij, quién retomando las ideas de José de Acosta frente a la adaptación en Europa de productos americanos, señalaba la importancia de seleccionarlos correctamente:

el asunto se arregla amigablemente distinguiendo simplemente los climas. Las plantas llevadas de los climas fríos o templados de América a Italia, Francia, España y quizás a otras partes, al cambiar de lugar, pero no de clima, se dan bien. (p. 28)

Esta relativización no era por demás ajena a reflexiones de orden teológico puesto que la movilidad humana, y con ella la dinámica de productos y animales, cuestionaba los principios de superioridad europea construida en virtud exclusiva de la acción del clima. El conocimiento de Gilij (1955 [1782]) aportaba un pragmatismo del que carecían muchos observadores ilustrados, cuyos análisis se construían a través de la distancia del dominio taxonómico.

En el Orinoco por el contrario hay monos, papagayos y Raras. Santafé no los conoce sino llevados de otras partes. Las chirimoyas, las piñas, la yuca son de tierra caliente, los almendros de los templados, el trigo de los fríos y el maíz de todos. Siendo cierto en verdad que el Autor de la naturaleza asignó a cada animal, a cada árbol y a cada hierba el lugar donde debe estar, prescribió el sitio en que deben propagarse, es también indudable según los naturalistas, que hay algunas cosas de las nombradas a las cuales no se les puso límite alguno, toda la tierra es suya. Si estas cosas están igualmente bien en todas partes, o si se dañan o se dan raquíticas en otras, no es éste el lugar de discutirlo, lo trataremos después. (p. 26)

Como puede observarse los discursos eran diversos y se entremezclaban, diseñando interpretaciones múltiples de discursos hegemónicos. Este hecho ha sido analizado al detalle por la obra de Gerbi (1960), que pese a sus años tiene mucha vigencia; incluso a sabiendas de que las discusiones a propósito de la inferioridad o inmadurez del nuevo mundo tienen mucho más contenido que una disputa entre americanistas y antiamericanistas. En este sentido es plausible que observadores, como Gilij que conocían en terreno los detalles de la diversidad americana, construyeran unas representaciones más ponderadas en cuanto a la importancia universal de los fenómenos de la naturaleza; Gilij relativizaban el condicionamiento de las vicisitudes del funcionamiento de la máquina humana sobre la alteridad social. Pero este es uno de los fenómenos apropiados para alucinar a los que miran sin cuidado, pero no a las personas que juzgan de todo con ponderación. Me acuerdo todavía de haber oído muchas veces en Santafé que aquellos buenos colores de la gente son accidentes sin substancia. Esta expresión peripatética demuestra plenamente que aquella salud de que se goza en dichos lugares no es substancialmente sino una exhibición engañosa de salud. Yo no quiero exagerar por el hecho de haber estado siempre enfermo; no, mi ejemplo bórrese de estas páginas. (p. 116)

Con el tiempo otros factores que antes no se contemplaban, como las propiedades agrológicas del suelo, entraron a jugar y a relativizar aún más el determinismo climático y ecológico. En algún año sin determinar del siglo XIX, a propósito de los sistemas productivos a los dos lados del Atlántico, el traductor anónimo de la versión al alemán del texto del comerciante inglés Charles Stuart Cochrane (1825) sugiere que las diferencias en la dieta, y por lo tanto en la constitución física de los habitantes de Europa y América, nada tenían que ver con las teorías de la inferioridad biológica del suelo americano sino con unas razones vinculadas específicamente al campo de la agronomía.

La relativización de la prolificidad de los seres vivos en función de climas heterogéneos presentes tanto en América como en Europa, como es de suponer, no era un asunto sencillo de dirimir en el marco de un debate que quería mostrar al “Nuevo Mundo” —en el mejor de los casos— como un hecho biológico ‘inmaduro’ o simplemente ‘inferior’ que requería esfuerzos adicionales para estar al nivel de los frutos europeos¹.

Las provincias que constituían la Nueva Granada, integradas en su mayoría por tierras frías, habían dedicado sus esfuerzos y su dinero al cultivo de los cereales y de las frutas de Europa, pero con tan poco esmero, que apenas si producían para cubrir sus propias necesidades; las frutas, abandonadas a los cuidados de la Naturaleza, recordaban las de Europa más por la forma que por el sabor. (Mollien, 1824b, p. 159).

Diferente era en consecuencia la opinión de quienes habrían vivido largos períodos en el continente, en particular los misioneros jesuitas que tenían la posibilidad de verificar la potencialidad o no de dichas comparaciones interregionales. En particular, los misioneros del siglo XVIII tenían un conocimiento privilegiado en cuanto a las diferencias climáticas de los contextos ecológicos, proponían en contraste con los ilustrados formas más complejas de análisis.

En suma, en el espacio de dos largas jornadas se tiene en el reino de Santafé en diversas partes, ya un perpetuo otoño, ya la primavera y aún el verano; aquellas estaciones que Europa divide en más meses, Tierra Firme la tiene en uno solo, aunque en diversos lugares. Esta cosa en verdad es digna de envidia, Europa no puede vanagloriarse de otro tanto. (Gilij, 1955 p. 26).

El asunto primordial a discutir para los no ilustrados no era tanto la clasificación y tipificación sobre la base de un determinismo causal fundado en variables ecológicas, sino el problema de la adaptación. Gilij, de hecho, insistiría en la favorabilidad del medio ambiente en virtud de necesidades orgánicas concretas

Para las personas que están bien de salud es una gran comodidad la Tierra Firme. ¿Les gusta el fresco? Ahí tienen a Santafé que es fresco todo el año.

¹ Esta misma afirmación la sostendría el más conservador de los presidentes colombianos del siglo XX, Laureano Gómez; quien consideraba que en la Colombia de 1828 no era “mucho territorio un marco natural espontáneo y decididamente favorable para el sostenimiento vegetativa de una cultura humana. El progreso que aquí se funde, tiene que ser una obra de inteligencia y artificio, de celo y de vigilancia, que minuto a minuto allegue los elementos favorables y separe los adversos” (Guhl, 1982, p. 96).

¿Se quiere un clima más dulce donde agrade la cama sin molestia? Váyanse a Firabitoba, a cinco o seis días de Santafé. ¿Recetan los médicos baños calientes? Váyanse a lugares muy calientes en los valles de Tena y del vecino Espinal, aptos para sacar del cuerpo todos los humores por el calor constante que hace allí. (p. 26)

Pero, si bien había un acuerdo en cuanto a las bondades del clima frío para la generación de individuos y poblaciones superiores, un asunto que legitimaría nuevas y futuras ocupaciones de tierras templadas y calientes quedaba en el limbo: la adaptación. La legitimidad ideológica de colonización interna dependía en efecto de esta discusión. ¿Podrían adaptarse, cambiar, los individuos en el corto plazo sus capacidades físicas para desarrollarse mejor en torno a las instituciones necesarias para el progreso? Las opiniones eran variadas y no resulta descabellado que los observadores foráneos fuesen de opinión contraria. Según el diplomático francés Auguste Le Moyne (1880), sencillamente, no era posible la adaptación de los blancos a las tierras bajas en un sentido estrictamente biológico. Le Moyne, en tiempos de Bolívar, sugería —en un texto que solo sería editado a fin de siglo— que los negros, mulatos o indios eran las “únicas razas capaces de vivir en medio de los pantanos de la Ciénaga sin sentir los efectos de las graves enfermedades que con un ambiente abrasador” (p. 52). En otro apartado añadiría, al igual que Leblond, que los indios eran inferiores a los europeos en su capacidad de adaptarse a los llanos “sin exponerse a las fiebres y a la disentería; así que, cuando se les enrola y se les envía a las guarniciones de la costa, en seguida son víctimas de enfermedades, que los diezman (p. 339). Desde su punto de vista los indios parecieran estar condenados a la fragilidad dado que, sin tener una constitución delicada, puesto que pueden soportar las grandes fatigas de las caminatas” (p. 339), su cuerpo no les permitía afrontar —como a los europeos— los fuertes calores de los llanos sin exponerse a las fiebres y a la disentería: es “así que, cuando se les enrola y se les envía a las guarniciones de la costa, en seguida son víctimas de enfermedades, que los diezman” (p. 339). Sin embargo, Le Moyne era un diplomático y no un científico de vanguardia, incluso su opinión habría sido ya dibujada por Gilij (p. 223) varias décadas atrás cuando mencionaba una mayor resistencia de los blancos con respecto a los indios de Timaná, quienes debían “pasar casi volando cuando el sol está ya alto y caminar a toda prisa” (p. 223) para no morir “engarrotados” (p. 223).

El reconocimiento de las bondades de cada clima no era un postulado completamente aceptado, por lo que analistas como Gilij eran quizás la excepción al reconocer que el clima cálido “permite apenas hojear ligeramente un libro, no a gustarlo sin prisa [] lo que no pasa en los climas

fríos (p. 118). Llegaría también a sugerir no solo que cada constitución física tendría un medio ambiente ideal, sino que era patente la existencia de ecosistemas favorables de acuerdo a la edad y período de vida. Así, a contrapelo de sus contemporáneos europeos, el jesuita llegó a afirmar que la favorabilidad o no de las tierras cálidas nada tenía que ver con asuntos de salubridad; y que, si bien las tierras frías resultaban más apropiadas para los tiempos de juventud, “en la madurez y mucho más en la vejez, las tierras calientes son más apropiadas para la debilidad de esa edad” (p. 118).

En este punto la importancia de Humboldt y los geógrafos de su generación salta a la vista, pues en medio de la construcción de esa ciencia emergente llamada geografía se beneficiaría del nuevo paradigma transformista de la biología. Humboldt desarrollaría de manera más sistemática una visión dinámica del vínculo entre el medio ecológico y el medio social que atendía la importancia de la relatividad en función de realidades sociales y biológicas concretas. Es así que podría elucubrar con un hombre imaginario que con un termómetro en la mano bien podía “escoger su propio clima en Sur América” (Humboldt, como se citó en Hamilton, 1877, p. 155), pues subiendo o bajando era posible encontrar la temperatura exacta que más le conviniera a su constitución.

Racismo ecológico, regionalización del fenotipo y el imperio de la tierra fría

Atendiendo a la historiadora norteamericana Catherine LeGrand (1988), justamente a mediados de ese siglo XVIII, la población colombiana vivía en zonas andinas fundamentalmente altas y templadas; las tierras calientes, que constituían la mayor parte del territorio del país, eran fundamentalmente áreas baldías. La vieja Colombia era entonces un enclave colonial principalmente concentrado en torno a los puertos, en los enclaves mineros y en las poblaciones agrarias de las cordilleras altoandinas. El centralismo político colombiano se construiría, de hecho, de arriba hacia abajo y a diferencia de otras ciudades latinoamericanas desde el interior hasta el exterior. Las tierras frías representaron en este contexto el mayor territorio poblado desde tiempos precolombinos, fundamentalmente en los Andes Orientales; es por ello que tempranamente desde Bogotá hasta Mérida se fundaron grandes e importantes ciudades coloniales. Ya en el período colonial la interconexión de estas provincias fue relativamente fácil (entre 5 y 8 días de camino a pie entre Bogotá y Tunja), así como la cercanía a las tierras calientes (entre 1 y 3 días desde Bogotá) (Pardo, 1972). En razón

de lo anterior, tal como lo presenta Mollien (1825b), a principios del XIX, el país estuvo “en gran parte constituido por tierras frías” (p. 159). De todo esto se desprende que hacia 1825 cerca del 30 % de la población colombiana vivía en las zonas andinas frías (Arrubla y Urrutia, 1970).

La recurrencia al ‘clima’ como entidad explicativa de la diferencia no constituyó un discurso unívoco; por el contrario, fue usufructuado y resignificado en virtud de múltiples lugares de enunciación. Más allá del debate entre americanos y europeos —tema abordado por Gerbi (1960)— la influencia del clima en los seres organizados, tal como se titula el célebre ensayo de Francisco José de Caldas (1966), resultó ser de un enorme interés para las élites criollas de la Independencia. El calentano constituía un referente de identidad de los habitantes de tierra fría; la alteridad como forma de construcción identitaria recuerda esa función que cumplía el salvaje en la construcción de la identidad europea del siglo XVI (Bartra, 1992) y que permite reconocer las relaciones de identidad/representación que resultan particularmente visibles en reflexiones de intelectuales de épocas tan disímiles como Heródoto (Hartog, 1980) o Montaigne (Blanchard, 1990). Razón tiene Arias (2005) cuando afirma que lo calentano es “una estrategia para definir, por oposición, los valores y virtudes de los habitantes de la altiplanicie” (p. 92).

El asunto en cuestión era la construcción de las tierras frías como epicentro de la hegemonía, lo que obligaba de cierta manera a reconstruir las representaciones a propósito de los indígenas de las tierras altas. Tempranamente, al respecto, Bouguer (1749) afirmaría que los indios que vivían arriba de la cordillera tenían todo de lo que carecían las gentes de las llanuras. Así, en medio de un debate que atravesaría casi dos siglos, la definición del frío como referente de la reproducción de las razas superiores (incluso de los indios) conduciría a una regionalización imaginaria de las potencialidades humanas. Leblond (1813) consideraba que los individuos de tierra fría a pesar de las dificultades estaban en mayor capacidad de aclimatación a las tierras calientes. Le Moyne (1880), cónsul francés hasta 1838, como un hombre de su época, opinaba igualmente que los indios de tierra fría parecían estar exentos “de deformidades congénitas, ya que no se ven jorobados ni cojos, sino por accidentes posteriores” (p. 12). Por su parte Mollien (1824b) plantearía que la estampa de los blancos variaba en cada piso térmico, teniendo su mejor expresión en los hábitats de tierra fría, siendo así que:

a medida que uno se eleva hacia las regiones más frías, el color de los blancos va siendo menos amarillento; todavía se muestra pálido hasta a una altura de seiscientas toesas; al llegar a mil toesas ya se ve buen color, y magnífico en la altitud en que se encuentra Santafé de Bogotá. (p. 184-185)

La superioridad de la tierra fría no solo resultó un discurso de dominación bajo el argumento biológico, sino que también se proyectó en función de atributos sociológicos y realidades geopolíticas. Théodor-Gaspard Mollien (1824b), con su natural escepticismo frente a la nueva Nación, mostraba que entre los habitantes de Popayán era común encontrar la agricultura “abandonada a las manos de los esclavos” (p. 84); sosteniendo que ello se debía a que existía un cierto orgullo de razas, de donde se tenía que la agricultura efectuada por gentes españolas solo era posible en tierras frías. Para la visión de un racismo francés vinculado con La Restauración, la mezcla de los indígenas muiscas originarios de las tierras altas con ibéricos provenientes de Andalucía implicaba la configuración de una inferioridad basada tanto en un servilismo hostil al ideal del buen salvaje como a su resistencia al progreso. Esto hacía que las gentes de Cundinamarca, al entender de Reclus (1893), se distinguieran “por la claridad de su golpe (le vista), la prontitud en los designios y su falta de perseverancia” (p. 315).

La legitimidad de la superioridad de las élites americanas estuvo en entredicho durante todos los siglos XVIII y XIX, es por ello que debates como el de la influencia del clima en el desarrollo de facultades para el progreso tuvo un clímax en los albores de la independencia². El encuentro en Humboldt y Caldas no puede tomarse, pues, como un circunstancial encuentro entre el representante de una élite científica metropolitana y el de una élite científica provincial (Caldas, 1809). El tema del clima parecía de hecho constituir la llave de legitimación de las élites americanas de cara al mundo europeo. La propia invención del hipsómetro, aparato para determinar la altitud sobre el nivel del mar (ideado por el propio Caldas), muestra el interés por dicha temática y frente a la cual su posición científica

² Este dilema se habría resuelto más temprano para las élites de América Septentrional. Humboldt (1825 p. 62) habría dicho que, a pesar de tratarse de “países adornados por la naturaleza de la más diversas y más preciosas producciones”, y a diferencia de la América Septentrional, las gentes ecuatoriales tenían que luchar con obstáculos que dependían de su posición física y moral impidiendo “un cultivo fácil, rápido y uniformemente extendido” (p. 63). El conde de Gabriac (1868, p. 293), desde a partir del racismo colonial del naciente imperio colonial francés, señalaría, muy paradójicamente en el mismo sentido que Humboldt, que las cualidades de los hombres parecieran ser inversamente proporcionales a la belleza del país que ocupaban; siendo así notable la superioridad de los norteamericanos, incluso frente a los europeos.

no dejaba de estar sometida al orden geopolítico³. En efecto, y aunque pretendiera discutir con la versión más radical del determinismo ecológico (la de Cornelis de Pauw), criollos como Caldas adherían a la concepción determinista de la superioridad de las tierras frías; ya fuesen de las zonas templadas o de las frías sabanas andinas. Caldas sugería que, aun cuanto dicho fenómeno dejaba campo de acción suficiente para el desarrollo de la voluntad y la moral, el clima frío otorgaba ciertas ventajas que favorecían o disminuían los estimulantes de la “máquina humana” (Caldas, 1809, p. 82).

Lo frío era paradójicamente el símil de la superioridad y el progreso, y el dolor de cabeza de las élites tropicales. El comparatismo geográfico en este punto se hizo vital para los procesos de conformación nacional, pues implicaba un proceso de autolegitimación. Aun así no se trató de un proceso de ruptura, sino de adaptación; por ello discursos como el de Caldas, ejemplifican una resignificación del determinismo ecológico bajo el marco de una élite regional en el contexto de una subalternidad planetaria. Caldas compartía con Humboldt, quién realizara el prólogo en español del prusiano, y quienes la idea de que los pueblos americanos de las montañas habrían tenido un mayor grado de desarrollo, y ello le permitiría construir su propia historia a propósito de los criollos de las montañas. No estaría de más, suponer algún tipo de relación entre aquella recuperación romántica de las grandes alturas que se hizo en el siglo XVIII como referentes de la gloria y de la grandeza (Nicholson, 1959).

Que calcule Paw la masa total de un calor constante de 30°, y la de la variable de Europa en el espacio de un año, y que nos diga si la Nueva Granada es más fría que Prusia, Alemania y todos esos países en donde el hombre se ha perfeccionado; si aquí puede el frío producir las imaginaciones y los sueños que ha forjado, sin garante y sin conocimiento del más bello y fecundo país del Universo. (Caldas, 1809, p. 95)

³ Años después la geografía regional tomaría por su cuenta el análisis histórico de las variables regionales (Nahan, 1987, p. 12). Hettner (1888) señalaría afirmaría para el caso que, que en tanto que la población de la cordillera de Bogotá se componía esencialmente “de blancos e indios con sus mestizos, aquí en la tierra baja caliente prevalecen los negros y sus mezclas” (Url: <http://www.banrepcultural.org/bla-virtual/historia/viaand/viaand28.htm>), y ello lo que se debía fundamentalmente a unas razones socio-históricas. La geografía regional sugeriría, de hecho, por cierto, una contrapropuesta al determinismo biológico en el cual estaban inmersas las élites europeas, y; por ello Hettner expresaba que “la historia y la geología histórica consideran el desarrollo de la raza humana o de la Tierra en términos de tiempo, y que de la geografía dimana el punto de vista de las variaciones espaciales” (Hartshorne, 1991, p. 33).

La tierra fría: retrospectiva de un “paisaje civilizado”

La configuración de una interpretación “climática” de la representación social en el marco de una “razón naturalista” (Le Breton 1998) tuvo en los Andes un laboratorio muy singular desde los primeros tiempos de la conquista. Los contrastes del mundo andino, así como las similitudes con la añorada patria al otro lado del océano, eran un asunto recurrente de las descripciones ligadas a las partes altas de la cordillera. Hacia 1538, Gonzalo Jiménez de Quesada (fundador de Bogotá) llamó a La Sabana circunvecina de la futura capital el “Valle de los Alcázares” evocando a una región en su natal Andalucía. Según el cronista Juan de Castellanos, en su obra *Elegías de varones ilustres* en Indias publicada a finales del XVI, estas fueron las palabras pronunciadas por el conquistador alegre de sentir detenidos los sufrimientos vividos en el recorrido por las tierras bajas tropicales.

¡Tierra buena, tierra buena! ¡Tierra que pone fin a nuestra pena! Tierra de oro, tierra bastecida, Tierra para hacer perpetua casa, Tierra con abundancia de comida, Tierra de grandes pueblos, tierra rasa, Tierra donde se ve gente vestida, y a sus tiempos no sabe mal la brasa: ¡Tierra de bendición, clara y serena, Tierra que pone fin a nuestra pena! (Castellanos, 1847, p. 309)

Las similitudes del medio ambiente de las tierras frías andinas con algunos períodos en Europa, sería destacada por los primeros invasores quienes al mismo tiempo construyeron todo un sistema colonial que aprovechó y se fundó sobre en el conocimiento milenario de la microverticalidad andina (Murra, 1975; Obeden, 1981). En este punto los analistas parecen volver al argumento de la tierra fría como el lugar donde los indios decidían instalar a sus jefes. Gilij (1955) diría, en cuanto a los indios de Cuzco y Quito, que así como los de México aquellos de Tunja y Bogotá referenciaran “sus cortes estuvieron todas en regiones frías” (p. 117). Humboldt (1878) dedicaría de hecho un volumen a las culturas monumentales de las montañas. Frente a ello muchos factores llamaban la atención de geógrafos como Hettner: la inexistencia en las serranías andinas de árboles corpulentos (a diferencia de Europa), contrariaba por ejemplo “las condiciones del viejo mundo”; aun así, al igual que en México y Perú, en “Colombia el desarrollo cultural de los indios, primitivos había alcanzado su más alto nivel en las altiplanicies carentes de arborescencia” (Hettner, 1976).

La interpretación de las razones para el establecimiento español en las partes altas/frías de los Andes ha estado siempre matizada por la sugerencia de una cierta favorabilidad ambiental que garantizaba, por un lado, una empatía ecológica de los individuos y la facilidad para la reproducción de la dieta y la cultura material europea, por el otro. Las tierras frías tendrían en efecto unas características que, para un observador europeo, resultaban favorables en todo sentido: la vegetación era baja, menos densa, y en muchos casos diferente a la de la selva húmeda tropical de tierras bajas; según esto allí se reducían los temores de ataques de indios enemigos, llevando a que la naturaleza fuera neutralizada como agente generador de miedo.

El carácter agravante que sin duda opone la montaña al intercambio no ha podido afectar mayormente el aprovechamiento de las ventajas que las regiones montañosas ofrecen, por otra parte, para el desarrollo de la vida del hombre y de su cultura. Ahí tenemos ante todo el clima más fresco y, por lo tanto, menos enervante, que lo anima a trabajar, empezando por la necesidad de satisfacer las mayores exigencias de carácter inmediato, en cuanto a vestimenta y habitación se refiere. Otra ventaja es la de que la menor exuberancia de la vegetación silvestre hace menos estorbo a los cultivos, por cuanto menos esfuerzos requieren ellos para evitar que aquella vuelva a sofocarlos. Y finalmente, ventajosa resulta también la mayor reducción del peligro que en las regiones de menor altura amenaza tanto al hombre como a su obra, proveniente del reino animal. No cabe duda que estos factores han contribuido decisivamente al nivel de cultura alcanzado en estas regiones en comparación con el de la selva en tierra baja. (Hettner, 197

El clima frío, e incluso las alusiones al invierno, serían discursos reiterados a propósito de la similitud entre las tierras frías andinas y los países europeos:

Dos personas muy conocedoras de las tierras frías de Santafé y Tunja me informan que la escarcha que cae allá no es menos abundante de la que cae en invierno en nuestros campos, a tal punto que en alguna ocasión se secó la hierba por el excesivo hielo y los animales se enflaquecieron notablemente por falta del ordinario pasto verde. Pero además de la rápida reanudación de las lluvias y de la suavidad del clima que poco después hace reverdecer los campos, además de esta ventaja digo, de la cual goza allá la tierra, hay otra también y es que en aquellos lugares la escarcha no es tan frecuente como entre nosotros, pues cae solamente en alguna noche muy clara de los meses de enero y julio, y no en todos los años. (Gilij, 1955, p. 193)

El resultado de ello, habría anticipado Gilij, fue la causa de la instalación de las principales capitales españolas en las tierras frías. Esta representación, y no la preexistencia organizada de sociedades

precolombinas abastecedoras de mano de obra cautiva, explicó la presencia de las capitales en las serranías andinas. La abundancia de campos cubiertos “de cebadas, de trigales, de avenas y de pastos excelentes” (Mollien 1824a, p. 83) generaban en algunos (Mollien, 1824a, 83) la sensación de estar en la misma Europa. Los símiles evocaban los lugares de origen de los visitantes. Así, mientras a Mollien (1824a) la Sabana de Bogotá le parecía una zona más “enrriquecida por un otoño continuo que divertida por el aspecto primavera” (p. 83), al padre Gilij (1955) dichas mismas tierras le parecían “cuando no es tan fuerte el frío” (p. 27) un sitio de veraneo entre octubre y noviembre.

La transformación de esa realidad, es a lo que Hettner (1976) llamara a fines del siglo XIX la “civilización del paisaje” lo que generó una modificación sustancial del medio ambiente ecológico que llevaría a subvertir aquellos mismos postulados que encontraban en los indios de la montaña el referente de la civilización precolombina. Resulta plausible que, términos ecológicos, la presencia española generaría tres cambios significativos en las culturas agrícolas de tierra fría: la transformación de la mano de obra rural generadora de alimentos (a lo que suele llamarse mestizaje); la reducción de los territorios agrícolas a partir de la ruptura de las prácticas consuetudinarias de rotación de cultivos; el resquebrajamiento paulatino de los ecosistemas nativos, lo que llevaría al desplazamiento o la extinción de importantes especies inherentes a la dieta precolombina. Los efectos de este choque cultural, que en principio resultó profundamente violento, desmejoraría la calidad de vida de los sectores sociales más oprimidos; llegando a ofrecer, aún en el siglo XIX, unas dramáticas expectativas de vida de 25 años para los hombres y 26,5 para las mujeres (Flórez y Romero, 2007). En estos términos se expresaría el alemán Alfred Hettner (1976) con respecto a los pobladores de las zonas más altas y frías de los Andes centrales colombianos:

es aquí en el páramo donde se encuentra verdadera pobreza. Familias enteras hay que viven sobre un terreno carente de todo valor, dedicadas a la recolección de leña menuda y su venta en la ciudad, como única fuente de su medio de sustento. Niños apenas cubiertos de harapos y con vientres monstruosamente hinchados por el consumo de papas como alimento casi exclusivo, suelen pedirle la limosnita al viajero. (p.)

La cercanía a la capital representaba una maldición para los habitantes pobres, principalmente los indios, por cuenta de un marcado acento en los procesos de explotación. Las tierras frías, y en el caso colombiano las tierras frías de los Andes Orientales, ante todo dejaron ver los efectos del hecho

colonial español. Por tal motivo el resultado de la opresión no solo fue como consecuencia la generación de una “raza” india pauperizada sino, por su influencia, la conformación de un campesinado sin asomo de disidencias. Para Hettner (1976) el campesino de las tierras altas “suelen mostrarse en extremo serviles, condición nacida de su larga servidumbre” (p.). Es así como los observadores externos consideraban que dicho proceso de dominación habría sido el factor de conversión de los pobladores de tierras altas en una “raza” miserable sumisa e inferior “dominada por la opresión y crueldad”, tal como lo señalaba el británico John Potter Hamilton (1877, p. 190) de la Guerra de Independencia.

La sobreexplotación del territorio, la transformación del medio ecológico con las consabidas consecuencias en las dietas y rutinas culturales, el desastre demográfico, la migración forzada, la profunda exacción tributaria y la vinculación forzada a las emergentes haciendas llevarían a consolidar una realidad social que difícilmente podría escapar de los procesos de representación social. Sobre las gentes (rurales) de tierras altas se construiría, entonces, un régimen de representación a partir de los más diversos estigmas: suciedad, mentira, pereza; de ahí que el francés Alexis de Gabriac (1868), afirmara que la pobreza de esta región engendraba verdaderos monstruos.

Las sociedades subalternas de las tierras frías, indígenas o campesinas, comenzarían entonces a ser reivindicadas, o por lo menos referenciadas, por un romanticismo que distaba mucho de la homogeneidad. El romanticismo extranjero les despreciaba por no ser parte del salvajismo ideal; el romanticismo nacional le requería, como fundamento de ese mundo social agrario, necesario para contemplar esa comunidad imaginaria. La imagen del campesino y del indígena de tierras frías comenzaba, pues, a tomar la forma contemporánea; es decir desde su ambivalencia. Es por ello que el romanticismo, y en particular la literatura costumbrista, ante la imposibilidad de remplazarla por migraciones tal como se hizo en otros países, se encargaría de dar a los campesinos un lugar destacado en el proyecto civilizatorio. No resulta por lo tanto extraño que, aún a principios del siglo XX, analistas expertos como Miguel Triana (1950) señalaron que a dichas gentes la lucha fisiológica les dio “un corazón fuerte, músculo recio y voluntad de acero” (p. 81). Un francés contemporáneo de Triana, Pierre d’Espagnat (1942), señalaría que dicha montaña —al contrario del infortunio— era un peldaño entre los hombres y Dios quien situó a “incas, muiscas y toltecos arriba [mientras que a] los motilones y orejones antropófagos abajo” (p. 35).

El desarrollo del evolucionismo y el corolario de un triunfo para lo más fuertes, matizarían igualmente las anteriores presunciones; así, la fortaleza se vería vinculada con el precio a pagar por el hecho de vivir en

la altura y el frío tomaba valor. Se tenía, pues, que en el mundo andino la fortaleza estaba dada por cada metro de subida al cotidiano en tanto “para un hombre que pese cinco arrobas, representa un trabajo equivalente a un caballo de vapor” (Triana 1950, p. 80). El hombre de tierras frías era entonces, si bien oprimido, alguien fundamentalmente fuerte cuyas naturales falencias —apuntando a la generación perfecta— estarían dadas por los aportes de la civilización: “el auxilio del mundo exterior le llega al montañés al cabo de siglos y a lomo de buey” (Triana 1950, p. 80).

Bajo la apariencia sufrida y humilde del indio de la altiplanicie, se oculta la energía paciente, señora del mundo, la que esclaviza la tierra y fecunda la industria, para mediante ella convertir en sus tributarios a los amantes del oro engañoso []. Los hombres que, como los blancos y los indios, buscan las tierras altas para vivir, porque en ellas se sienten en el medio a que están atemperados, son más capaces para el trabajo y la civilización que aquellos que buscan la vida fácil por falta de adaptación al régimen industrial. Es consolador para el porvenir de estas tierras, saber que la raza indígena de las altiplanicies es perfectamente apta para la civilización. (Triana, 1950, p. 80-81)

Por lo dicho hasta ahora, se tiene que la supuesta superioridad de las gentes de tierras frías no soportaba las contradicciones de los discursos hegemónicos venidos desde distintas vertientes. La complejidad del asunto, y la diversidad del mundo andino, deconstruirá así los posibles argumentos del determinismo ecológico y de la influencia del clima en la diferenciación social. La llegada del romanticismo como ya se insinuó, y como trataremos en detalle a continuación, generaría una nueva lectura regional de los sentimientos. Esta vez ligados a una libertad inherente a las gentes de las llanuras, de las tierras calientes, amantes de ese bien supremo llamado libertad. Reclus (1861), connotado anarquista, sugería que la vocación agrícola de las gentes de tierras frías era un regalo dado por la propia hostilidad de la naturaleza. Es el esfuerzo, y no la abundancia —desde su punto de vista—, de donde surgían los componentes fundamentales de la civilización.

Los aruacos son industriosos, y á pesar de su poca inteligencia, saben muchas cosas que los goajiros, amantes de su libertad, ignoran completamente. Es evidente que los educadores de los aruacos han sido el frío y el hambre. Para vivir en esos elevados valles de la Sierra, no basta á los indios recorrer las selvas y recoger los frutos que caen: es necesario también que planten y siembren, que levanten habitaciones y que fabriquen vestidos. (Reclus, 1861, p. 275)

Hacia una geografía de la rabia

La “civilización del paisaje” se desarrolló, pues, como hemos visto, en el contexto de subordinación de las gentes de tierra fría. Pero, ¿cómo entender que los otrora poderosos y civilizados pueblos de las tierras altas, y de quienes todos los relatores reconocían su incuestionable poder civilizatorio, fuesen ahora representados como perezosas gentes llenas de desidia? El romanticismo y su noción del buen salvaje, incidirían notablemente en la inversión del régimen de representación. Mientras que visitantes como Reclus (1861) o Candelier (1893) plantearían una admiración hacia los guajiros que no pueden sino compararse con los textos que décadas atrás Humboldt le dedicara a los caribes; para el químico Boussingault (1903), a principios del siglo XIX, era evidente el contraste entre la población andina colombiana: que, al igual que las gentes de tierra fría de Quito, eran “ceremoniosos, perezosos e indiferentes” (p. 221); además, que compartían el infortunio de haber sido grandes civilizaciones que ahora eran el despojo de pueblos reducidos; gentes que no se desviste jamás y duerme acurrucada sobre pieles de oveja” (Boussingault, 1903b, p. 221).

El clima, desde este punto de vista, no afectaba solo “las razones” sino también “las pasiones”. Lestringant (1997) muestra, a propósito, cómo hubo una sucesión de zonas climáticas construidas a partir de líneas horizontales desde la zona tórrida hasta los confines polares; sosteniendo que, las formas de locura y de “perversión alimenticia” —atendiendo a Jean Lery—, lo que se come “representa una forma de clasificación muy legible, al mismo tiempo que diseña el espacio de una jerarquía” (p. 135). Lestringant apoyará su tesis en el mismo Bodin, cuando muestra cómo este afirmó: “es evidente que el furor se introduce en los meridionales más fácilmente que en los septentrionales, así como la locura ataca más fácilmente a los hombres que a las fieras” (p. 137). Jean Bodin, en la época de las guerras de religión gracias a los relatos de Thèvet, habría marcado la diferencia de los salvajes del Sur y del Norte en el Brasil del siglo XVI señalando que los primeros estaban marcados, en razón de una melancolía intelectual típica del caníbal, por el calor, la incivilización y la musculosa brutalidad. Según lo anterior, y teniendo en cuenta el proceso de colonización que se mantuvo durante siglos aún luego de la independencia (y que habitualmente se refiere como “interna”), los referentes calor/guerra/Sur parecieran haberse leído a partir de su antítesis frío/civilización/mayor altitud. Desde esta percepción las pasiones de las gentes de ciertas regiones, y no necesariamente sus incapacidades biológicas, serían los factores que propiciarían —de manera pasiva o violenta— la ruptura con el orden institucional y por lo tanto restringirían los espacios para el beneficio del progreso.

La problemática se trasladaba, como es de suponer, al análisis de los factores de estabilidad política. Mollien (1824b) sostenía que la mayor fortaleza de los llaneros (gentes de las tierras bajas orientales) representaba una constante amenaza para el “pacífico poblador de las montañas” (p. 172), no faltando en ese caso sino el camello para asemejar el peligro que representaban los pueblos beduinos nómadas de Medio Oriente. Su fuerza provendría del dominio de ese ambiente hostil y peligroso que contrastaba con las gentes de otras zonas (Mollien, 1824b). En un análisis de la propuesta política planteada por Graulund (2009), Mollien nos conduce sobre el fenómeno de representación presente en diferentes y alejados contextos de luchas (choques) de civilizaciones. Se trataba ciertamente de un fenómeno universal en el marco del nuevo sistema mundial que llevó, quizás a Mollien (1824), a ver el carácter fogoso de comparar llaneros con gauchos como luego lo harían analistas tales como Lynch (1991), Izard (1981) o Slatta (1984).

Claro está que estos nuevos árabes desprecian a las gentes pacíficas e indolentes de la cordillera. La civilización se les antoja una flaqueza que designan con todos los diminutivos de la lengua española. Los habitantes de los Andes, para ellos no son gente valiente ni fuerte; no son más que unos blanquillos (Mollien, 1824b, p. 169).

En el caso de las gentes de las llanuras colombo-venezolanas, el antecedente directo eran los indios caribes, que con el tiempo constituyeron el principal problema para la colonización del Orinoco. Esta tradición de resistencia y romanticismo ligada al bien salvaje sería luego transmitida a los llaneros, estandartes de la revolución. Para el analista Samper (1861) la belicosidad de los llaneros (y de los gauchos), que los convertiría en los soldados de las revoluciones, se relacionaba con el proceso de evangelización llevada a cabo por los jesuitas sobre los más indómitos grupos. Si bien se tenía que los llaneros eran mulatos, su imagen de guerreros natos no dependía solo de su participación en las luchas de independencia (el teatro de operaciones de Bolívar estuvo justamente en estas llanuras), sino del trasfondo histórico y las representaciones de miedo que habrían tenido los antiguos habitantes indios. Es como si, nuevamente, la gente de las llanuras calientes —según el interés político— resultase el mayor desafío de las hegemonías: beduinos para los franceses, llaneros para los colonialistas, caribes para los colombianos. Para Mollien (1824b) los indios caribes y los negros tenían —en común— unas características físicas “superiores en comparación con los blancos” (p. 161-162) que les permitían sortear cierto

tipo de ambientes 'salvajes' que no requerían del trabajo mental para el cual estarían más preparados los blancos⁴.

Un testimonio semejante originado en el otro extremo ideológico de Mollien lleva a pensar algún tipo de generalización de tal concepción. En efecto, a través de un testimonio que no pareciera coincidir con su discurso en tiempos de juventud cuando siendo colono dedicó un escrito al estilo de vida de la Sierra Nevada, habla de la Independencia como una guerra de razas entre aquellos de tierras cálidas y unos otros de tierras frías. Una vez más, la lectura del genio de las gentes se invertía por cuenta de otra forma de territorializar el genio de los habitantes.

En las altas planicies de la Nueva Granada, el antagonismo de las razas Levantamiento de los Comuneros hacia fines del siglo pasado, y finalmente ocasionó la guerra de la independencia y la expulsión de los españoles; después de esta época los descendientes de los Muisca han reconquistado su nacionalidad y formando la gran mayoría de los neogranadinos, han absorbido poco más o menos a los blancos; al presente están confundidos con ellos en un solo pueblo. (Reclus, 1861, p. 85)

La regionalización de los sentimientos

El indio de las montañas no es, como el negro, estrepitoso en sus diversiones, aunque ame con pasión la música y el baile, aunque a unos y otros les gustan de manera diferente. Cuando baila, el negro brinca, salta, patalea; el indio, por el contrario, en sus bailes anda lentamente, con mesura; el uno sólo se inflama con el redoble del tamboril y con el estruendo de sus enormes trompetas de marfil; el otro no se estremece sino a los sonidos tristes y melancólicos de una caña hueca; oye en éxtasis a uno de sus bardos cuando agita cadenciosamente un bambú hueco lleno de granos de maíz o cuando rasca con un palo la quijada de una mula, únicos instrumentos musicales que poseen los indios de la cordillera. Sus gustos, sus diversiones tienen la misma tranquilidad que el ambiente que respiran. (Mollien, 1824b, p. 166)

La conjunción entre historia natural y ciencias morales (Todorov, 1991) fue un determinante significativo en los modos de entender, comunicar y practicar la relación con la alteridad social. Esta época, que

⁴ Este relato no se encuentra en la versión en francés de 1824. Mollien, G.-T., (2005), *El viaje de Gaspard-Théodore Mollien por la República de Colombia en 1823*. Bogotá: Biblioteca Virtual del Banco de la República. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/vireco/vireco22.htm>

Dijksterhuis (1969) llamara inicialmente de “mecanización de la imagen del mundo”, que Moscovici (1968) designara como “filosofía mecánica” y que —más recientemente— Le Breton (1998) llamara “razón naturalista”, tiene un lugar significativo en la construcción del sentido común frente al otro diferente. Dos factores incidirían en ello: la configuración de la geografía romántica como vínculo entre ciencia y moral y la relevancia del acontecimiento científico como referente de una reflexión antropológica previctoriana sobre la cual, a partir de allí, se anclarían progresivamente los regímenes de representación de las alteridades y disidencias. De allí se explica que, como hemos demostrado, la invención de cada vez más refinados métodos de medir la temperatura haya tenido unas implicaciones variables en el espacio geográfico.

Esta contingencia converge con el desarrollo de una planetarización que, por cuenta del pensamiento ilustrado, si bien concatenó con el desarrollo del moderno sistema de economía mundo, también lo hizo con necesidades de orden político diverso. El desarrollo de expediciones como las expediciones corográficas de mediados del siglo XIX en Venezuela y Colombia, a cargo del coronel italiano Agostino Codazzi, no pueden de hecho vislumbrarse sin el antecedente de la Misión Geodésica Francesa de los años 30 del siglo XVIII o incluso de los viajes del botánico Louis de Feuillée. Desde esta perspectiva se entiende que expediciones como las de Cook, Bougainville o Malaespina hayan tenido unas consecuencias antropológicas no premeditadas, pero que de cualquier forma ayudarían a configurar la biopolítica de la larga y compleja historia del racismo moderno (Banton, 1983; Hannafor, 1996). El brazo de este fenómeno se extendería incluso hasta corrientes de pensamiento alternativas que, como el romanticismo, buscaron un fundamento científico a empresas más ligadas al arte y a lo popular (Erickson et al., 2005). La geografía surge en este complejo contexto, y perfilándose como el ancestro directo de la antropología, emparentaba directamente con la literatura a través del prestigioso género de la literatura de viajes⁵.

En este contexto emerge un fenómeno que hemos considerado como regionalización de los sentimientos. La ampliación de las fronteras

⁵ Europa en aquel entonces vivía un proceso tendiente hacia la sistematización de los relatos de viaje, bastante dispersos hasta entonces. Varias recopilaciones se venían dando en Inglaterra y en Francia, las cuales llegaron a la constitución de dos obras paradigmáticas del enciclopedismo de vital importancia, que que a la postre serían alimentadas y continuadas durante todo el siglo XVIII; hablamos, pues, de los trabajos John Hawkesworth (*An account of the voyages* ([1773])) y del benedictino abad Francois Prevost Prévost (*Histoire Générale de Voyages voyages* ([1746-1789])). En esta misma tradición es importante resaltar las compilaciones posteriores del romanticista español Pedro de Estala (*El Viajero viajero Universal universal* ([1797])), así como de Jean- François de La harpe Harpe (*Abrégé de l'histoire générale des voyages* ([1825])).

políticas y agrarias llevaría entonces a un reconocimiento del espacio social, que sería interpretado a partir de un eclecticismo relativo con formas más tradicionales (hegemónicas y comunitarias) de representación. El romanticismo, por ejemplo, y la “fuerza moral” se reducían en el temperamento frío (Estala, 1833); hecho que quizás explicaba su beneplácito por los buenos salvajes de las tierras cálidas. El célebre ensayo de Humboldt y Bonpland (1805), a propósito de la fundación de una ciencia a la que denominaría “geografía de las plantas” que pretendiendo dejar de lado la historia natural descriptiva, daba por sentada una historia planetaria fundada en la activación relativa de fenómenos de orden físico sobre los seres vivientes. Particularmente la comprensión de los seres humanos en tanto máquinas, así como de los factores físicos externos en tanto agentes reactivos de metabolismos biológicos, llevaría a que factores como el aire, la precipitación, la presión, la temperatura o la humedad (y que en conjunto bien configuran el tiempo climático) comenzaran también a explicar (representar) las diferencias “morales” de las gentes. En este sentido no sorprende de hecho encontrarnos con lugares comunes con testimonios del siglo XIX que, como los del presidente peruano, señalan al medio ambiente como el contexto definitorio de la cultura

Los habitantes de cada una de las otras regiones tienen las ideas más erróneas y extravagantes sobre las costumbres que existen en la otra. El habitante del interior afecta un desprecio profundo por el piringo (nombre vulgar del costeño) y lo cree frívolo, afeminado y disoluto. El de la Costa se burla del lanudo estúpido y montaraz. Esto se acabaría con el comercio. (Rivas, 1885, p. 85)

Sería, pues, en este contexto, de donde bien pudieran haber surgido representaciones como aquellas que refieren una supuesta hospitalidad del calentano frente a la mezquindad del habitante de tierra fría (Restrepo y Pombo, 1866); o de la alegría de los negros y calentanos y el sentimentalismo de los serranos. Entre las diversas representaciones de unas culturas regionales de los sentimientos, llama particularmente la atención aquella que tenía a las gentes de tierras frías en medio de una mansa inhospitalidad que contrastaba con “el genio expansivo y ruidoso de los calentanos” (Ancízar, 1851, p. 488). El escritor costumbrista Adriano Páez (1878) menciona, a propósito, que las gentes de tierra caliente (él era nacido en la fría ciudad de Tunja) eran una “pobre raza” cuyas dotes “bien desarrolladas y cultivadas serían el orgullo del país”. Luego remarcaría las consabidas cualidades referentes a una hospitalidad conmovedora que permitía dividir “con el viajero el pedazo de arepa, un ajíaco de yuca y

plátano, su a veces delicioso guarapo, con sencillez arábica; jamás le niega, como sucede con frecuencia en tierra fría, un rincón del hogar para reclinar su frente tostada por el sol” (p. 236).

Ya en este punto surge la pregunta por representaciones sociales que, de manera absurda, hoy insisten en suponer la existencia del otro diferente —el calentano de ciertas regiones— como un individuo fundamentalmente perezoso. Este tema es un referente originado en los procesos de liberalización y colonización del siglo XIX. El homenaje que rinde el intelectual Medardo Rivas (1946) a los empresarios de tierra caliente es uno de los más clásicos referentes de una época. En un simpático contrapunteo literario entre Manuel Pombo y Juan de Dios Restrepo (mejor conocido como Emiro Kastos), publicado por Vergara y Vergara en su texto clásico de cuadros de costumbres colombianas, saltan a la vista mejor las representaciones de las élites capitalinas frente a las gentes de tierras calientes. Entre varias anotaciones de parte y parte, manifestando la necesidad que las tierras calientes tenían de mentes civilizadas, vamos a destacar una en la que Kastos expresaría sarcásticamente *que allí hasta bien* podría erigirse una estatua con la siguiente inscripción: “al egregio Creador de la Hamaca: los calentanos refrescados y agradecidos” (Pombo y Restrepo, 1866, p. 17).

La influencia del clima sobre aspectos de la cultura tomaría caminos insospechados. Viejos testimonios, tales como los del viajero Mollien (1824), hablan por ejemplo de una supuesta ociosidad derivada del “calor de la zona ecuatorial y la multiplicidad de las fiestas religiosas” (p. 26) o de un carácter festivo “estrepitoso en sus diversiones” (Mollien 1824, p. 166). Medardo Rivas (1885) diría, en ese mismo sentido, que “la raza negra es habladora, bulliciosa, alborotada e inquieta” (p. 8) y que por ello el mercado “es lo que en nuestro país llamamos una merienda de negros” (p. 137). El geógrafo Hettner (1976), por su parte, señalaría que los factores físicos del mundo exterior inducían hasta la elección del vestido; siendo que en las tierras calientes el color de la ropa era menos claro en función de “que la pigmentación de la gente va en aumento, debido a la mayor proporción de sangre negra”. A tal punto llega la consideración del clima en el genio de los lugareños que incluso ello se trasladaba a los animales y en particular a los pájaros: tristes los de tierra fría y alegres los de tierra caliente (Restrepo y Pombo, 1866). Ya en este punto, llega a intuirse la influencia del aspecto tratado en este texto de las comunidades imaginarias sobre las que se construiría el mapa folclórico nacional (Arias, 2005).

Representación social y zonas de frontera: reflexiones finales

El texto que acaba de presentarse demuestra la pluralidad de sentidos comunes frente a la diferencia, y por ello mismo la relación de heterogeneidad social, paisaje y medio ambiente no conduce necesariamente a una homogenización por cuenta que el ejercicio de representación enmarcado en procesos de dominación o de un accionar de agentes que —como los viajeros— operan desde diversas posturas hegemónicas. Hemos mostrado que el ejercicio de objetivación histórica de la representación no es unívoco y que debe ser analizado desde el ámbito de la interdisciplinariedad, en efecto, tal como lo muestra el corto recorrido de la teoría de la representación social (Gordon et al., 2015). El relato de la ciudad letrada (Rama, 1984), como dinámica de representación, corresponde en efecto a una de las lecturas posibles en el marco de los procesos de “colonización moderna” del imaginario (Gruzinski, 1988).

Se ha pretendido hacer un ejercicio de la representación social en sus primeros momentos de su acción social, justo cuando el sentido común se encuentra en período de constitución. El análisis de las zonas de frontera, o mejor, de la constitución de las zonas fronterizas entre un “nosotros” y unos “otros” por cuenta de factores que pueden ser diversos (aquí analizamos el asunto a través de los efectos de la conmensurabilidad del clima), sobrepasa los esquemas convencionales del análisis de las representaciones sociales, en donde los diferentes componentes del espacio social (Bourdieu 1984) ya se encuentran consolidados a partir de la acción misma de la cultura. En este sentido la realización de tareas fundamentales de la antropología cognitiva (árboles, conjuntos contrastantes, paradigmas entre otros) (Reynoso, 1986), así como el ejercicio descriptivo de unas “poéticas de la cultura” al modo de la escuela californiana ceñida a la revista *Representations*, no corresponden al mejor dominio teórico y metodológico de un análisis específico (histórico) que —como el nuestro— busca pesquisar tan solo un momento específico (la objetivación) de la construcción del sentido común frente a la diferencia.

Según se ha visto proponemos analizar los procesos de construcción de representación social a través de un doble lineamiento: histórico y cognitivo. Hemos observado de hecho el carácter polifónico y la mutabilidad del factor limítrofe en la representación, y en éste sentido se propone observar los fenómenos de manera simultánea en sus implicaciones de corta, mediana y larga duración (Braudel et Colin, 1987). Todo acontecimiento, diría Morin (1972), se define en su irreversibilidad temporal y su potencialidad

modificadora. Este justamente es el caso que hemos creído haber demostrado a propósito de los efectos de la mensurabilidad del clima en sus implicaciones sobre la representación de la alteridad. “El acontecimiento no es lo que sucede (accidente), está en lo que sucede” (Deleuze, 1969, p. 109), de allí que lo que sucede esté inextricablemente ligado a la experiencia cognitiva del actor individual. Por lo visto, resulta innegable el aporte de la psicología social al análisis de una historia cultural y de una antropología histórica cada vez más embelesadas por la espontaneidad poética.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, J. (1866). Fiestas de la Candelaria en la Popa. En J. M. Vergara y Vergara, J.M. *Museo de cuadros y costumbres*. Bogotá, Colombia: Focion Mantilla.
- Ancizar, M. (1956). *Peregrinación de Alpha: por las provincias del Norte de la Nueva Granada 1850-51*. Bogotá, Colombia: Biblioteca de la Presidencia de Colombia.
- Anderson, B. (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. New York, USA: Verso.
- Arias, J. (2005). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes.
- Arrubla, M. y Urrutia, M. (1970). *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Bakhtin, M. (1981). *The dialogic imagination*. Austin, USA: University of Texas Press.
- Banton, M. (1983). *Racial and ethnic competition*. Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Bartra, R. (1992). *El salvaje en el espejo*. Ciudad de México, México: Ediciones Era.
- Bertrand, M. et Vidal, L. (2002). *A la redécouverte des Amériques. Les voyageurs européens au siècle des indépendances*. Toulouse, France: Université du Mirail.
- Bertrand, R. (2015). Historia global, historias conectadas: ¿un giro historiográfico?. *Prohistoria* 18 (24).
- Blanchard, M. (1990). *Trois portraits de Montaigne: Essai sur la représentation à la renaissance*. Paris, France: Nizet.
- Bouguer, P. (1749). *La figure de la terre: Déterminée par les observations de messieurs Bouguer et La Condamine, de l'Académie Royal des Sciences, envoyés par ordre du Roy au Perou, pour observer aux environs de l'Equator avec une Relation abrégée de ce voyage qui contient la description du pays en lequel les opérations ont été faites*. Paris, France: Chez-Charles-Antoine Jombert, Library du Roy.
- Bourdieu P. (1984). Espace social et genèse des “classes”. Dans: *Actes de la recherche en sciences sociales*, 52-53.
- Bourdieu P. (1998). La distinción. Buenos Aires -México - Bogotá : Taurus.
- Boussingault, J. B. (1903 [1830])b. *Mémoires (1824-1830)*. Paris, France: Typographie Chamerot et Renouart. Vol. 5.
- Brading, D. (1991). *Orbe indiano: de la monarquía católica a la república criolla*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, F. et Colin, A. (1987). Histoire et Sciences Sociales: La longue durée. *Réseaux*, 5 (27), 7-37.
- Burke, P. (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid, España: Alianza.

- Caldas, F.J. (1809). Prefacio. En Humboldt, A. *Ideas para una geografía de las plantas más un cuadro de la naturaleza de los países tropicales*. Bogotá, Colombia: Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis.
- Caldas, F.J. (1966). Del influjo del clima en los seres organizados. *Obras completas de Francisco José de Caldas*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional.
- Candelier, H. (1893). *Rio-Hacha et les Indiens Goajires*. Paris, France: Librairie de Fermin-Didot.
- Canguilhem, G. (1995). *Physiologie Animale*. En Taton, R. *La Science Moderne, de 1450 a 1800*. Paris, France: Puf.
- Castellanos, J.D. (1847). *Elegías de varones ilustres*. Madrid, España: Imprenta de la Publicidad.
- Chartier, R. (1989). Le monde comme représentation. *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 44 (6), 1505-1520.
- Cochrane, C.S. (1825). *Journal of a residence and travels in Colombia during the years 1823 and 1824*. London, England: Colburn.
- Cooper, F. and Stoler, A. (1997). Between Metropole and Colony: Rethinking a Research Agend. *Tensions of Empire Colonial Cultures in a Bourgeois World*. Los Ángeles, USA: University of California Press.
- d’Espagnat, P. (1942). *Recuerdos de la Nueva Granada*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- de Herrera y Tordecillas, A. (1730). *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar océano*. Madrid, España: Imprenta Real de Nicolás Rodríguez Franco.
- Deleuze, G. (1969). *Lógica del sentido*. Recuperado de www.philosophia.cl.
- Dijksterhuis, E. (1969). *The Mechanization of the World Picture*. Oxford, England: Oxford University Press.
- Erickson, R. et al. (2005). *Alexander von Humboldt: From the Americas to the Cosmos*. New York, USA: Graduate Center, CUNY.
- Estala, P. (1833). *El nuevo viajero universal o sea historia de viajes sobre la América en general*. Barcelona, España: Imprenta de A. Bagnés y Compañía.
- Flórez, C. y Romero, O. (2007). *La demografía de Colombia en el siglo XIX*. Bogotá, Colombia: Banco de la República.
- Foucault, M. (1966). *Les Mots et les choses*. Paris, France: Gallimard.
- Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.
- Gabriac, A. (1868). *Promenade à travers l’Amérique du Sud: Nouvelle-Grenade, Équateur, Pérou et Brésil*. Paris, France: Michel Lévy Frères Libraires Editeurs.
- Gerbi, A. (1960). *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Gilij, P.S. (1955). *Ensayo de historia americana. Estado presente de la Tierra firme*. Bogotá, Colombia: Editorial Sucre. Vol. 4,
- González, I. (18 de enero de 2018). Vargas Lleras choca con Caracas por hablar de los "venecos". *El Heraldo*.
- Gordon, S. et al. (2015). Social representations: A revolutionary paradigm? *The Cambridge Handbook of Social Representations*. Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Graulund, R. (2009). From (b)edouin to (a)borigine: The myth of the desert noble savage. *History of the Human Science*, 22 (1), 79-104.
- Gruzinski, S. (1988). *La colonisation de l’imaginaire: Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVIe-XVIIIe siècle*. Paris, France: Gallimard.
- Hamilton, J.P. (1877). *Travels through the interior provinces of Columbia*. London, England: John Murray Ed.
- Hannafor, I. (1996). *Race, The History for an Idea in the West*. Baltimore, USA: The Woodrow Wilson Center Press.

- Hartshorne, R. (1991). El concepto de geografía como ciencia del espacio: de Kant y Humboldt a Hettner. *Documents d'Analisi Geogràfica*, 18, 31-54.
- Hartog, F. (1980). *Le miroir d'Herodote. Essai sur la représentation de l'autre*. Paris, France: Gallimard.
- Hettner, A. (1976). *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)*. Bogotá, Colombia: Talleres Gráficos del Banco de la República.
- Humboldt, A. et Bonpland, A. (1805). *Essai sur la géographie des plantes: accompagné d'un tableau physique des régions équinoxiales, fondé sur des mesures exécutés, depuis le dixième degré de latitude boréale jusqu'au dixième degré de latitude australe, pendant les années 1799, 1800, 1801, 1802 et 1803*. Paris, France: Chez-Levrault Libraires.
- Humboldt, A.. (1825). *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent: Fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804 par Al. de Humboldt et A. Bonpland*. Paris, France: Chez-J. Smith, Vol. 3.
- Humboldt, A. (1878). *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Madrid, España: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Hunt, L. (ed.) (1989). *The New Cultural History*. Los Ángeles, USA: University of California Press.
- Izard, M. (1981). Ni cuatreros ni montoneros, llaneros. *Boletín Americanista*, 31, 83-142.
- Jodelet, D. (1984). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En Moscovici, S. (comp.), *Psicología social II*. Barcelona, España: Paidós.
- Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- La Condamine, C. (1778). *Relation abrégé d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale depuis la côte de la mer du Sud jusqu'aux côtes du Brésil et de la Guyane, en descendant la rivière des Amazones*, lue à l'assemblée publique de l'Académie des sciences. Maastricht, Netherlands: Dufour & Roux.
- Leblond, J.P. (1813). *Voyage aux Antilles et à l'Amérique Méridionale, commencé en 1767 et fini en 1802*. Paris, France: Chez-Arthus Bertrand.
- Le Breton, D. (1998). *Les passions ordinaires. Anthropologie des émotions*. Paris, France: Armand Collin.
- LeGrand, K. (1988). *Colonización y protesta campesina 1850-1950*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Le Moyne, A. (1945). *Viajes y estancias por América del sur: la Nueva Granada, Jamaica, Santiago de Cuba y el Istmo de Panamá*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- Lestringant, F. (1997). *O canibal. Grandeza e decadência*. Brasília, Brasil: Universidade de Brasília.
- Lynch, J. (1991). Las repúblicas del Río de la Plata. En Bethell, L. (ed.), *Historia de América Latina: América Latina Independiente, 1820-1870*. Barcelona, España: Crítica.
- Mason, S. (2000). *Historia de las ciencias. La revolución científica de los siglos XVI y XVII*. Madrid, España: Alianza.
- Mollien, G.-T. (1824a). *Voyage dans la République de Colombia en 1823*. Paris, France : Chez-Arthus Bertrand libraire. Vol. 1.
- Mollien, G.-T. (1824b). *Voyage dans la République de Colombia en 1823*. Paris, France : Chez-Arthus Bertrand libraire. Vol. 2.
- Morin, E. (1972). Le retour de l'événement. *Communications*, 18.
- Moscovici, S. (1968). *Essai sur l'histoire humaine de la nature*. Paris, France: Flammarion.
- Moscovici, S. (1979). *El sicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Argentina: Huemul.
- Murra, J. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.

- Nicholson, M. (1959). *Mountain Gloom and Mountain Glory: The Development of the Aesthetics of the Infinité*. New York, USA: Cornell University Press.
- Obden, U. (1981). El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana, siglo XVI. En Oberem, U. (ed.), *Contribución a la etnohistoria ecuatoriana*. Otavalo, Ecuador: Instituto Otavaleño de Antropología.
- Pardo, A. (1972). *Geografía humana y económica de Colombia*. Bogotá, Colombia: Ediciones Tercer Mundo.
- Paez A. (1878). "Recuerdos de tierra caliente" en Jose Joaquin Borda, *Cuadros de costumbres y descripciones locales*. Bogotá: Librería y Papelería de Francisco García.
- Pratt, M.L. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London, England: Routledge.
- Rama, A. (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo, Uruguay: Arca.
- Reclus, E. (1861). *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe: Paysage de la nature tropicale*. Paris, France: L'Hachette.
- Reclus, E. (1893). "Colombie", dans : *Nouvelle Géographie Universelle La terre et ses hommes*. Paris: L'Hachette, Vol. XVIII
- Reynoso, C. (1986). *Teoría, historia y crítica de la antropología cognitiva*. Buenos Aires, Argentina: Búsqueda.
- Restrepo, J. y Pombo, M. (1866). La tierra caliente. En Vergara y Vergara, J. *Museo de cuadros y costumbres*. Bogotá, Colombia: Focion Mantilla.
- Ricoeur, P. (2000). L'écriture de l'histoire et la représentation du passé. *Annales, Histoire, Sciences Sociales*, 55 (4), 731-747.
- Rivas, M. (1885). *Obras, viajes por Colombia, Francia, Inglaterra y Alemania*. Bogotá, Colombia: Fernando Ponton Editor.
- Rivas, M. (1946). *Los trabajadores de tierra caliente*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- Sahagún, B. (1981). *El México antiguo: selección y reordenación de la Historia general de las cosas de Nueva España de fray Bernardino de Sahagún y de los informantes indígenas*. Lima, Perú: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Samper, J.M. (1861). *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas hispanoamericanas*. Bogotá, Colombia: Editorial Centro.
- Semana. (22 de noviembre de 2014). El fenómeno del anti-colombianismo. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-fenomeno-del-anticolombianismo/409785-3>.
- Slatta, R. (1984). Gauchos, llaneros y cowboys, un aporte a la historia comparada. *Boletín Americanista*, 34, 193-208.
- Streck, W. (mayo de 2015). Une hégémonie fortuite. *Le Monde Diplomatique*, 17-20.
- Taton, R. (1995). La Chaleur du XVIIème à XVIIIème siècle. *La Science Moderne, de 1450 a 1800*. Paris, France: Puf.
- Todorov, T. (1989). *Nous et les autres*. Paris, France: Seuil.
- Todorov, T. (1991). *Les morales de l'histoire*. Paris, France: Hachette.
- Triana, M. (1950). *Por el Sur de Colombia*. Bogotá, Colombia: Prensas del Ministerio de Educación Nacional.
- Vyverguer H. (1989). *Human Nature, cultural diversity and the French enlightenment*. Oxford University Press.